

PRESENTACIÓN DEL CARTEL «PASIÓN EN SALAMANCA 2010» «NAZARENO», DE JERÓNIMO PRIETO

F. Javier Blázquez Vicente

Cámara de Comercio e Industria
Salamanca, 19 de febrero de 2010

Queridos amigos, buenas noches y muchas gracias por haberme ofrecido la posibilidad de ser este año el presentador del cartel «Pasión en Salamanca 2010». Ni es tópico ni cumplido, de verdad, es un privilegio disponer de unos minutos para dirigirme a ustedes y poder, con toda libertad, exponer en voz alta las sensaciones que he experimentado al contemplar el cartel que este año ha realizado para la Tertulia cofrade “Pasión” mi buen amigo Jerónimo Prieto. Como ya saben, la entidad editora celebra en estas fechas su veinte aniversario fundacional.

Para quienes hemos tenido la suerte de compartir largos ratos de conversación con Jerónimo Prieto y vamos poco a poco, al modo de los rituales iniciáticos, accediendo progresivamente a las estancias del mundo interior del artista, no nos sorprende ya casi nada de lo que realiza. La sorpresa queda reservada para aquellos de los que solo esperamos hasta un cierto nivel y en ocasiones lo superan. Con Jero no hay sorpresas que valgan. No hay sorpresas porque su estilo está ya consolidado, perfectamente definido desde hace mucho tiempo, y todo lo que pinta queda englobado en una misma categoría, elevada, muy elevada, como corresponde a los maestros consagrados. Él ha sabido imprimir a su obra un sello tan personal que la adscripción de los cuadros se produce de manera automática. Inmediatamente se sabe cuáles son sus pinturas, porque hay pinturas que solo pueden ser de él. Pero no nos confundamos. El hecho de que ya no exista la sorpresa para quienes hemos sido autorizados a rebasar alguno de esos círculos concéntricos tras los que se parapeta Prieto, como artista a la usanza antigua, ese hecho no quiere decir que la producción, a medida que va llegando no cause admiración. Y esto es lo que ha sucedido con la acuarela que ha servido como base para la elaboración del cartel anunciador de la Semana Santa que edita en este año de aniversario la Tertulia cofrade «Pasión». Una vez más, Jerónimo Prieto nos ofrece una composición fabulosa y admirable. Con ella, la asociación editora ha editado el cartel que hoy presentamos.

Pero hagamos algo de historia, lo imprescindible. La mayor parte de los asistentes nos conocen, pero algunos no. Brevemente. La Tertulia cofrade “Pasión” es una asociación cultural que tiene como objetivo estudiar y promocionar la Semana Santa procesional. Para ello, desde sus inicios, realiza una serie de actividades culturales destinadas a cumplir con sus objetivos. Tertulias, cursos, conferencias, exposiciones, concursos, publicaciones... Desde 1993 contribuye modestamente a promocionar la religiosidad popular en la Semana Santa con la edición de un cartel. Hasta 2001 se elaboró a partir de un concurso de diapositivas y desde 2002 se le encarga a un artista vinculado a Salamanca. A estos artistas solo se les dan dos claves. “Pasión” y “Salamanca”. Lo demás corre por su cuenta. Se pueden inspirar en una procesión, en una imagen... o no. Mientras esté presente de algún modo la “Pasión de Cristo” y se identifique “Sala-

manca” es suficiente. Así, a lo largo de estos años, una serie de pintores o dibujantes han ido dejando plasmada, en el papel, el lienzo o la madera, su particular visión a la hora de plantarse ante ese hecho trascendental que es la reviviscencia de la Pasión en Salamanca. Ahí están los nombres de Andrés Alén, Salud Parada, Fernando Mayoral, Miguel Ángel Gasco o Rafa Cid, por citar a los más próximos, que nos sirven de referencia. Todos son buenos amigos y todos grandes pintores. Hace unos años –y voy a confesar ahora un pequeño secreto–, hace unos cuantos años que se puso sobre la mesa el nombre de Jerónimo Prieto. Habíamos pensado en él para el cartel, pero como ya le habíamos hecho muchos encargos para la revista y otras publicaciones nos parecía excesivo abusar tanto de su amabilidad. Y no le dijimos nada. Hasta que un año, al concluir el acto de presentación de un cartel, el mismo Jero nos lo echó en cara. Con esa suavidad y educación que siempre le caracteriza, también con algo de retranca, la propia de los que proceden de las tierras próximas a Ciudad Rodrigo, nos espetó que a todos les pedíamos el cartel menos a él. Y para salir del atolladero le dijimos lo que él ya sabe, que le queríamos tanto-tanto que estaba reservado para el veinte aniversario. Esta es la verdad. Que le queremos mucho es cierto, pero lo anterior, lo pueden suponer, hasta que no ha estado impreso el cartel no se ha podido desvelar. Bien, pues así es cómo se ha llegado a la elaboración de este cartel que hoy presentamos.

Jerónimo Prieto es hoy en día uno de los pintores más conocidos de Salamanca. Es uno de los pocos que pueden vivir a su aire y hacer lo que les da realmente la gana. Vive de la pintura, vive como quiere vivir y pinta lo quiere. Privilegio de muy pocos. Podríamos casi decir que Jero es un pintor único, inclasificable. Para nada podemos incluirlo en las escuelas o tendencias del tiempo que nos toca vivir. No hace mucho, comentaba con él, entre risas, las risas que surgen en una conversación de amigos, que los dos nos habíamos equivocado de siglo, y que si el mío era el XIX el suyo, el de Jero, andaba entre el XVI y el XVII. ¡Cómo habría triunfado entonces! Bueno... Cómo habría triunfado de no haber existido la Inquisición... Son bromas, pero en medio de la hilaridad siempre hay un poso de verdad. Y es que Jerónimo Prieto bebe directamente en las fuentes de los grandes maestros del XVI y XVII, cuando la pintura ha dejado atrás, definitivamente, las servidumbres medievales e inicia con paso firme la senda que determinan las vías del nuevo arte. Autores como el Greco o Rembrandt, con alguna reminiscencia a veces del que fue su tocayo, Hieronymus Bosch –El Bosco–, están muy presentes en él. También podríamos referirnos a Francisco Pacheco, que indeleblemente le marcó con su concepción del proceso pictórico. El mismo Prieto lo ha confesado en varias ocasiones. Él era un niño de Espeja, nacido en los años del hambre, no mucho después de haber terminado la guerra. Y si quería estudiar el único camino que le quedaba era el de iniciar estudios en el seminario de Ciudad Rodrigo, como hicieron tantos y tantos otros en aquellos tiempos de la España aún en sepia. Y allí, entre libros y sotanas, descubrió al que fue su gran maestro, Rembrandt, que le cautivó con su tratamiento de la luz y los prodigiosos claroscuros. Allí, en San Cayetano cristalizó el deseo de ser pintor, de serlo como antaño, viviéndolo con autenticidad, sin trampa ni cartón. Quería ser pintor y que hablasen sus pinturas, sin necesidad de que el erudito de turno tuviera que explicarlas. Y poco a poco, con esfuerzo y con tesón, fue despejando el camino entre los complejos y tantas veces injustos vericuetos del mundo del arte. ¿Puede un hombre, con esta concepción de la pintura, triunfar en los ámbitos actuales, siempre procelosos, del mercado artístico? Si a los hechos nos

remitimos la respuesta no puede ser más que sí. De lo contrario no podríamos explicarnos el rechazo de Prieto a varios encargos que, al margen de lo crematístico, le hubieran supuesto unir su nombre a edificios e instituciones que ocupan un lugar destacado en cualquier manual básico de la Historia del Arte español. La negativa a uno de estos proyectos fue en su diócesis mirobrigense, y a quien les dirige ahora la palabra le dolió especialmente. “Hubiera sido tu consagración como pintor, Jero”, le decía. Y él, con la seguridad que da el estar por encima de la situación respondió con total franqueza, “sí, pero quien hacía el encargo no creía en ello”. Estimado público, éste es Jerónimo Prieto.

Este es Jerónimo Prieto, el autor del cartel con el que la Tertulia cofrade “Pasión” va anunciar la Semana Santa de este año 2010. A él, igual que se hizo con los artistas anteriores que altruistamente quisieron colaborar con la entidad editora del cartel, se le dio la única consigna de “Pasión en Salamanca”. Lo demás quedaba a su criterio, a su imaginación. Y tras un tiempo madurándolo, al final el artista entiende que Cristo es el protagonista de la Pasión y la imagen típica de Salamanca viene dada por sus torres, las de la Clerecía y las catedrales. Y con estos elementos tan sencillos realiza la composición del cartel. La pintura original es una acuarela sobre cartón, tratada de esa manera tan singular a la que nos tiene acostumbrados Jero, a base de veladuras y de unas raspaduras que le permiten conseguir un efecto casi de textura, sobre todo en el tratamiento de los cabellos. En palabras de José Luis Bernal, este tipo de pinturas, tan definitorias de nuestro pintor, son “acuarelas atormentadas”. Acuarelas atormentadas en su concepción, en la técnica y en la impresión que producen sus figuras. Como la de este Cristo maniatado que en su postura de tres cuartos se proyecta hacia adelante desde el fondo, como queriéndose salir. Estamos ante una muestra más de ese expresionismo atroz que caracteriza la obra de Prieto.

Nos recuerda este Cristo a otro que el mismo autor dibujó para ilustrar un relato de Semana Santa, “Semillas de Pasión”. Sin embargo aquel era mucho dramático. En éste, aun sin ocultar el dolor, ni el rastro del tormento al que ha sido sometido, suaviza algo la expresión, si bien la figura sigue siendo seca, nervuda, avejentada prematuramente por el suplicio. A la hora de buscar el motivo central el autor lo tuvo siempre claro. Sería un Cristo. La centralidad de Cristo en la obra religiosa de Jerónimo Prieto es una constante. Sin embargo, a la hora de buscar la escena no optó por el crucificado. A pesar de contar con excelentes interpretaciones de Cristo crucificado (recordemos a modo de ejemplo el de la parroquia de Cristo Rey, en el barrio Vidal, o el “Cristo de las Aguas” en Vega Tirados, también está su célebre lienzo del Calvario o el Cristo que sirvió de portada a la revista “Pasión en Salamanca” en su edición de 2003), a pesar de ello, el autor opta por otra figura, la del ecce-homo o presentación al pueblo. La idea surge de la contemplación de un nazareno maniatado en la pequeña localidad portuguesa de Aldeia da Ponte, situada al otro de la frontera en la línea de Alberguería de Argañán. Por esas tierras de la raya andaba Jero cuando se encuentra con la imagen de un Cristo nazareno sobre el que circulan mil leyendas. Dicen por allí que en la Aldeia tenían inicialmente otra imagen, pero que se la cambiaron a los de Alberguería de Argañán, el pueblo de al lado. Así, pese, a la secular rivalidad transfronteriza, las gentes de ambos pueblos confraternizaron. Leyendas y tradiciones se entrecruzaban en torno a la imagen. La posición de las manos le recordaba a Jero el ritual del “consolament”, un sacramento herético que obligaba a los receptores a llevar una vida de

ascesis desmedida. Las manos atadas del nazareno no aparecen, por tanto, tensas por el dolor, ni imparten tampoco el sacramento de los catáros, aunque algo de eso sí pasase por la mente del pintor. Son unas manos que se extienden para ser besadas. Contrastan, de esta forma, con el arquetipo del Jesús Cautivo. La obra de Prieto está plagada de amalgamas entre lo devoto y lo misterico. Nadie que no haya sido iniciado en el peculiar mundo de Jerónimo Prieto, siempre a medio camino entre lo sagrado y lo profano, podrá entender su obra. La simbiosis de elementos tan dispares es la que da pie a un mundo singular, único, que cuando aborda el tema religioso en las formas, repito, en las formas, se mantiene fiel a la ortodoxia, pero que oculta un trasfondo en el que se difuminan, en medio de la neblina, componentes que proceden del esoterismo, la mitología y a veces hasta la herejía.

Este Cristo de leyendas ensoñadas le hacía recordar algunos episodios del pasado, aquellos que en ocasiones, hace ya tantos años, le llevaron hasta la plaza de Colón para venerar al Jesús de Salamanca, el Divino Redentor Rescatado. También presentaba las manos y era Señor poderoso, autor de milagros ilimitados, famoso por los favores otorgados a quien en el célebre día del besapié marzal acude con devoción y ante él pide tres gracias. Una siempre la concede, aseguran sus incondicionales. Y así, entre uno y otro Cristo maniatado, Jero concibe su propio Nazareno. Ni uno ni otro, porque no quería detenerse en ninguna imagen. Él sólo toma la idea, el tipo, del Nazareno, del Rescatado, porque el Cristo trinitario responde a una tipología singular, que es la de un nazareno trocado en ecce-homo. El Nazareno de Prieto es un Cristo que sufre y que extiende sus manos a la veneración mientras mira hacia otro lado. No es este un Cristo que interpela. Es el varón de los dolores preconizado por Isaías cuando dice: “he aquí a mi siervo tan desfigurado que no parece ser hombre, que carece de hermosura para que le miremos... He aquí a mi siervo despreciado y abandonado de los hombres, convertido en varón de dolores, familiarizado con el sufrimiento...”.

La elección de este Cristo nos pone también ante la devoción cuaresmal por excelencia, que es el popular viacrucis, las cruces o calvarios, como dicen en los pueblos. También Prieto en su trayectoria ha abordado el tema de los cruceros, destacando por encima de todos ellos aquel que sirvió de portada para un libro devoto, “La cruz y sus caminos”, en el que el crucificado del crucero, labrado toscamente en la piedra berroqueña, acaba convirtiéndose en carne viva. Las cruces de la infancia rebrotaron con intensidad en el inconsciente del artista y en su actualización, al madurar la idea del cartel, concibe un Cristo pronto a recorrerlas. Así comienza el viacrucis, con el Hijo del Hombre que escucha su condena e inicia a continuación un camino que concluye en la elevación del Gólgota. Hasta ocho de las catorce estaciones que integran el viacrucis tradicional están vinculadas a la iconografía del nazareno, que es la del Jesús con la cruz a cuestas. La piedad popular fue asociando el color de la liturgia cuaresmal al de la túnica del Nazareno, contrariando de esta forma, como sucede tantas veces, los textos sagrados. Y Prieto opta por la fórmula tradicional, que es la del pueblo. Mas no se conforma con ello y en su peculiar forma de entender las situaciones elige una variante del morado. Va un poco más allá y se inclina por el violeta. Con toda seguridad se darán razones de tipo técnico, como son las que derivan de los contrastes de colores, pero también es cierto que al margen de intentar conseguir un determinado impac-

to cromático, el violeta es un color límite, el último en la parte visible del espectro electromagnético. Una vez más los símbolos hacen acto de presencia.

El Cristo aparece en un primer plano, muy acusado además. La composición está pensada para un cartel y un cartel por encima de todo debe impactar. Aunque uno camine distraído por la calle, en un cartel siempre debe haber algo que capte la atención del viandante y le haga girar la mirada para ver al menos de qué trata. Por eso la simplificación, la reducción del misterio a la figura principal, recortada en la parte inferior a la altura de las manos apenas sujetas por la soga, una soga que se pierde a la altura del hombro para acentuar, si cabe, el sentido de verticalidad. Y en esta simplificación cartelística, que se centra claramente en el Cristo nazareno, es absolutamente imprescindible resaltar la figura sobre el fondo. La ya mencionada disposición en tres cuartos y la intensidad cromática, que contrasta a todas luces con la atenuadísima grisalla del fondo, son los recursos utilizados por el artista para lograr este objetivo. Por otro lado, en la mente del autor estaba también la celebración del aniversario de la entidad editora y concibió el cartel como un recordatorio, como aquellos que, con motivo de eventos extraordinarios, se entregaban tiempo atrás, cuando las gentes sencillas y piadosas sabían descubrir el valor de la estampa. Eran estampas, las de entonces, que se conservaban con unción entre las hojas amarillentas del misal o devocionario. Tema y composición recuerdan aquel pasado, y como pasado somos en buena parte, hemos querido, por sugerencia del propio autor, conmemorar este veinte aniversario con unas estampas del cartel que podrán recoger a la salida.

En toda obra, también en el cartel, el fondo es fundamental. Si resalta tanto la figura es siempre porque el fondo acompaña. El Cristo Nazareno nos pone ante una realidad, que Cristo padeció y sufrió hasta la muerte, y muerte de cruz, como bien se encargó de apostillar el apóstol de los gentiles en su epístola a los filipenses. Pero en este cartel la Pasión se ubica en Salamanca. Y Prieto aquí no se complica la vida y transforma Jerusalén en la ciudad helmántica. La torre de David y la fortaleza herodiana de la torre Antonia son sustituidas ahora por esas otras torres que siluetean el inconfundible perfil de la ciudad tormesina cuando el viajero se aproxima a ella desde el sur. Pero ese fondo se aclara y difumina, Salamanca solo es escenario de ese acto en el que se representa el sufrir de Jesús el Cristo. La claridad del fondo se acentúa drásticamente al recortar de forma circular los perfiles arquitectónicos. Tras ellos unos tonos amarillentos y grisáceos destinados a evitar la agresividad visual que siempre produce la ausencia de color. Es también un dotar a la composición de un cierto aire de antigüedad, dando la impresión de la vieja estampa, manoseada hasta lo indecible en las prácticas devotas.

Llama la atención, por último, la forma elegida por Prieto para el fondo. Es una letra. Una letra del alfabeto griego. De sus estudios humanísticos le quedó el manejo de las lenguas clásicas, que utiliza aún con cierta desenvoltura, y de vez en cuando recurre a ellas en su obra. En este caso sólo es una letra, la última letra del alfabeto griego, la omega. Y se sirve de la omega porque el Señor Dios dice, al dar inicio el libro del Apocalipsis, el preferido del autor por su enorme carga simbólica..., el Señor Dios dice que “yo soy el alfa y la omega, el principio y el fin”. La centralidad de Cristo en la obra religiosa de Jerónimo Prieto queda también de manifiesto con la utilización de estos recursos alegóricos. Cristo es el principio y el fin. Algún avezado en estas lides interpretativas habrá aventurado ya la ausencia de la primera letra, el alfa. Sin embargo el

prólogo del evangelio de san Juan nos desvela el misterio al leer que “al principio de los tiempos existía la Palabra, y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios”. Como todos ustedes saben, Jesús es la palabra de Dios, porque Dios habló a los hombres a través de Jesús el Cristo, el Dios humanado que era en el principio. Principio y fin, de esta forma, están representados en esta pintura de Prieto que anuncia este año en Salamanca que llega la Semana Santa, que todos, creyentes o heterodoxos, practicantes o alejados, devotos o entusiastas, estamos invitados a vivir. La Pasión de Cristo también se recuerda, se celebra, se vive, se recrea y se siente con intensidad desmedida y apasionada en nuestra querida Salamanca.

Muchas gracias.